

LA GIRALDA

Tirada de doscientos ejemplares.

R. 10280

25 cm.



LA GIRALDA

DISCURSO PRONUNCIADO

EN EL

ATENEEO SEVILLANO

EL DÍA 8 DE FEBRERO DE 1896

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. ENRIQUE DE LEGUINA

BARÓN DE LA VEGA DE HOZ.



SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1896



D. Enrique de Leguina.

Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes.

Mi querido amigo:

Para complacer el deseo de V. de publicar mi conferencia acerca de la Giralda, he redactado las cuartillas adjuntas, aprovechando algunas brevísimas notas y principalmente, los extractos publicados por la prensa de esta capital, únicos elementos que he podido utilizar; pues como se trataba tan sólo de complacer á mis amigos del Ateneo, refiriendo, sencillamente, las impresiones que la contemplación de la esbelta é histórica torre me sugiere, no cuidé de preparar su estudio con la atención que merece.

La improvisación resultó, por tanto, deficiente en extremo, pero puede servir de estímulo para que alguno de los distinguidos escritores sevillanos que, con acierto, se ocupan en arte antiguo, comprenda la grave censura en que pueden incurrir, al no consagrar á la famosa torre una detallada monografía.

Sólo por esto me atrevo á dedicar á V. el insignificante trabajo de su amigo cariñoso

E. de Leguina.



I

Señores:

SE distingue la época moderna por la variedad de asociaciones científicas y literarias que, siguiendo misteriosas leyes de afinidad, ó los principios firmes en que descansa la división del trabajo, multiplican los medios para obtener el desarrollo y cultura del entendimiento, por el útil conducto del adelanto en las ciencias, las artes y las letras.

Universidades, liceos, gimnasios, institutos y academias, se extienden por todas partes, marcando con labor incesante y seguro trazo, el nivel de la civilización de los pueblos.

Entre estas asociaciones, ningunas pueden lograr, y logran, tanto resultado, en favor de los laudables fines que persiguen, como los Ateneos.

Ya su cuna indica la importancia que habían de alcanzar, pues naciendo en un centro de luz y de portentoso genio, como fué Grecia, tan honroso origen, debfa influir, poderosamente, en su extraordinario desarrollo.

Aquellos ilustres sabios que, reunidos en un templo de Minerva, cerca de Atenas, abrieron el camino que habían de seguir los amantes de las letras y las artes, afanosos de procurar

su mayor brillo y esplendor, no lanzaron, ciertamente, tan provechosa semilla en terreno estéril, pues, á poco, Roma, que hizo de Grecia una de sus provincias, con el acierto de escoger é imitar todo lo bueno, creó un Ateneo, donde lucieron sus oradores privilegiadas dotes y donde la poesía se cubrió, por decirlo así, con sus primeras galas.

De allí los tomaron todos los pueblos, y hoy los ateneos, dignos herederos de tan brillante historia, son centros potentes de civilización y cultura, á los cuales todos tenemos el deber de ayudar y proteger: por esta obligación, tan sólo, al recibir la bondadosa invitación del distinguido escritor y sabio catedrático, vuestro digno Presidente, D. Joaquín Hazañas, no he sabido negarme á ocupar algunos instantes este sillón, honrado por el paso de tantas personalidades eminentes en las letras, el foro y las artes, aun comprendiendo la falta de títulos que me asisten para sucederlos y distraer vuestra ilustrada atención.

II

El temor que embargó mi ánimo al pensar que un día habría de encontrarme ante tan docta Asamblea, subió de punto advirtiéndome las dificultades que desde luego ofrecía la elección del tema.

Y para salvar, en parte, tales inconvenientes, y captarme, en lo posible, vuestra benevolencia, quise que fuera asunto de esta conferencia algo muy sevillano; y apenas iniciada la idea, surgió á mi mente, con irresistible impulso, el recuerdo de la Giralda.

Y con tal viveza se grabó en mi imaginación, que mis dudas desaparecieron, todo temor se borró de mi ánimo, y lo que antes me parecía dificultad insuperable, cambió de tal manera, que llegué al punto de anhelar este momento de expresar mis impresiones, débil homenaje de mi cariño á Sevilla.

¡Porque la Giralda, señores, constituye el emblema de la Sevilla tradicional y poética! ¡Así, el hijo de este pueblo que vive en apartadas tierras, ve en sus sueños, ó cuando deja vagar su

imaginación en alas de la fantasía, la imagen reflejada de su torre querida! ¡Todo el que vuelve á Sevilla, lo primero que ansía ver destacarse en el tranquilo y suave horizonte, es el majestuoso, al par que esbelto, perfil de la Giralda!

¡Ella simboliza historias gloriosas, recuerdos queridos, esperanzas halagüeñas, memoria de lo pasado, familia, amor, honra, todo lo que constituye el encanto de la vida! Por eso elegí sin vacilar este tema y voy á hablaros de la Giralda, no como el erudito arqueólogo que sabe distinguir de estilos, averiguar procedencias, descubrir orígenes y formar juicio acabado de un documento de la antigüedad, realizando la descripción exacta y minuciosa que la crítica moderna exige, pues tarea semejante sería carga excesiva para mis fuerzas escasas, sinó como el viajero entusiasta que, al contemplar tan insigne maravilla, intenta expresar las impresiones que á la mente, en confuso tropel, se agolpan, aunque comprenda que su rudo y torpe estilo no ha de hallarse en armonía con la grandiosidad del monumento.

Supla, pues, vuestra bondad lo que, por falta de competencia, deje de expresaros.

III

Corría por mitad el siglo XIII. Declarado en Jaén el propósito de San Fernando de tomar á Sevilla, algunos caballeros principales y afamados, querían, con el maestre D. Pelay Pérez Correa, que inmediatamente se comenzase el sitio de la ciudad; otros, más prudentes, opinaban que antes debía conquistarse, por entero, toda la comarca, á fin de reducir á los árabes, evitando que con facilidad pudieran recibir refuerzos y mantenimientos.

Prevaleció el parecer de los primeros, por inclinarse á él resueltamente el Santo Rey, guiado, sin duda, por soberanos impulsos, y, con decidido y unánime acuerdo, convocado en 1247 el ejército, pronto se vió reunida la flor de las armas españolas, y completados los elementos ofensivos con la poderosa junta de

bajeles, bajo el mando del insigne Ramón Bonifaz, el día 20 de Agosto, comenzaron las operaciones del asedio.

Formaba el ejército sitiador poderoso núcleo de hombres de armas, rudos, valientes y esforzados. Dignos sucesores de los héroes que, con Pelayo, iniciaron la inmortal obra de la reconquista, traían grabado en el alma el santo amor de la patria y consagraban su anhelo á conseguir la expulsión de la morisma.

Hombres exclusivamente dedicados á la guerra, sólo prevalecían entre ellos aficiones propias de ocupación tan constante.

Las artes y las letras exigen para su desarrollo una completa paz, y en aquella época los caballeros todos, como indica el popular romance, tenían por lema:

«Mis amores son la guerra,
Mi descanso el pelear.»

¿Y quiénes eran sus contrarios?

Sevilla, poseída por los árabes desde el año de 716, cabeza del Imperio y su primera corte en España, después de continuadas reformas y perfeccionamientos, había llegado á la altura que su categoría demandaba, complaciendo, en absoluto, las aspiraciones de gentes tan fastuosas y sibaritas como fueron siempre los árabes andaluces; aquellos que fortalecieron el Alcázar; levantaron una de sus más grandiosas mezquitas, ennobleciéndola con el excelso alminar; fabricaron el acueducto; reedificaron los muros; la enseñorearon 534 años, y se vieron obligados á estrechar las calles para que, aumentando las construcciones, pudiesen hallar cómodo albergue las muchas gentes que de todas partes del mundo acudían, atraídas por la fama de sus célebres Escuelas, en las que florecía la doctrina de las artes liberales, expuesta por doctísimos maestros, siendo tan general el amor al estudio que, en el siglo XIII, existían aún, en diversas ciudades andaluzas, setenta ricas bibliotecas: civilización adelantadísima que, según todos los pensadores, hubo de deberse á la influencia benéfica del clima y á las condiciones especiales de la raza que antes de la dominación árabe ocupaba las comarcas del Mediodía.

Y este feliz adelanto se observa principalmente en la poesía.

Así como los árabes, tan pronto como ocupaban cualquiera porción del territorio español, acertaban á embellecerla con la

abundancia de aguas que, aumentando la fertilidad, permitía el rápido crecimiento de los sicomoros, los granados y los plátanos, así también su poesía era fiel y melancólico trasunto de los ecos de los bosquecillos umbrosos de Valencia, misteriosa como las arcadas de Córdoba, afiligranada como las delicadas labores de la Alhambra, graciosa y gentil como el esbelto alminar de la mezquita sevillana; arte y poesía propia únicamente de los españoles mahometanos, pues, no debe dudarse de la influencia del suelo y de los primitivos habitantes.

El choque de ambos estados hubo de ser por extremo violento, porque hasta en sus gustos, costumbres y vestiduras se diferenciaban grandemente los dos pueblos enemigos.

La áspera malla, las fuertes placas de acero, se encontraron con los trajes bordados y recamados de finos metales; parecía que el triunfo de los caballeros que seguían al Santo Rey no había de ser ni disputado ni dudoso; y, sin embargo, como lo que á los árabes faltaba de vigor lo suplía su singular audacia y destreza en el manejo de las armas y caballos, la lucha fué tenaz y porfiada.

Singular época en la que, á pesar de hallarse ambos pueblos en continuada guerra, existían ciertas leyes de caballerosidad que unos guardaban por tradicional hidalguía, y á otros les hacía observarlas instintos delicados y costumbres cortesanas: caballerescos hábitos que subsistieron durante todo el período de la dominación musulmana.

Cuando Alfonso XI tenía rodeado á Gibraltar, y la ciudad estaba próxima á rendirse, murió el Rey de la peste. Levantado el cerco, los cristianos, temiendo que los enemigos los atacasen en la retirada, tomaron muchas precauciones; mas éstos, apenas supieron que D. Alfonso era muerto, «ordenaron entre sí que ningún no fuese osado de hacer ningún movimiento contra los cristianos, nin mover pelea contra ellos.» «Et el día que los cristianos partieron de su real con el cuerpo del Rey todos los moros de la villa de Gibraltar salieron fuera de la Villa, et estidieron muy quedos, et non consintieron que ninguno de ellos fuese á pelear, salvo que miraban como partian dende los cristianos» (1).

(1) *Crónica del Rey Don Alfonso XI.*

«En el sitio de Baza por los Reyes Católicos, el Marqués de Cádiz pidió al príncipe Cide-Yahya una breve suspensión de hostilidades, á fin de que la reina D.^a Isabel pudiese dar un paseo hasta los muros de la ciudad y pasar revista á sus huestes. El deseo fué satisfecho, y Cide-Yahya, no sólo vió con enojo é hizo volver atrás á algunos capitanes que tenían el propósito de atacar la regia comitiva, sinó que resolvió también dar una muestra de la gentileza de los moros en los ejercicios de caballería. Así fué que, mientras la reina D.^a Isabel y sus damas examinaban los muros de Baza, y sus torres, tejados y azoteas, cubiertos de moros y moras curiosos, advirtieron que salían á deshora por las puertas de la ciudad espesas filas de caballeros árabes, con armas refulgentes y banderas desplegadas, al mando de Cide-Yahya. Algunos cristianos echaron mano á las espadas para defender á la Reina del imaginado peligro; pero los aquietó el Marqués de Cádiz, que conocía mejor á los moros. Éstos se adelantaron en bizarro escuadrón, y, caracoleando sobre sus hermosos caballos y blandiendo las lanzas, hicieron un lucido simulacro para recrear á la Reina, después de lo cual la saludaron con suma cortesía, así como á sus damas, que estaban gustosamente maravilladas de verlos, y entraron de nuevo en la ciudad» (1).

IV

Llegó, por fin, el glorioso año de 1248, y, después de multitud de encuentros y escaramuzas, el día de San Clemente se verificó la entrega de la ciudad, siendo de advertir que en el momento en que los moros comenzaron á fijar las condiciones en que habían de verificar su rendición, exigieron, con singular empeño, que se les permitiese derribar la que había de ser torre de Sancta María; demanda que dió ocasión á la respuesta del infante D. Alonso, previniéndoles que «por un solo ladrillo que la quitasen, pasaría á todos á cuchillo.»

(1) Alonso de Palencia, *De bello Granad.*

Como semejantes incidentes se hallan rara vez acreditados con documentos irrefutables, y la severidad de la crítica moderna exige pruebas concluyentes para aceptarlos sin reparo, no han faltado escritores eruditos que niegan la veracidad del aserto, fundándose, además, en que, en aquellos críticos momentos, los moros debían estar más cuidadosos de poner en salvo sus personas é intereses, que empeñados en destruir edificios que ya no les pertenecían.

Mas no comprenden los que en tales razones apoyan la objeción, que la Giralda era para los árabes el símbolo de su poesía, la demostración de su poderío, el monumento de sus vanidades y la más acabada expresión de la belleza arquitectónica, de la misma manera que para los cristianos la posesión de la torre simbolizaba el fruto de continuados esfuerzos y la señal de una completa victoria.

¿Cómo, pues, habrían de entregarla voluntariamente á sus más encarnizados enemigos, sin procurar hasta el último momento arrasarla, ya que no habían sabido defenderla?

V

Los árabes no tuvieron conocimiento perfecto de los contornos ni de las superficies. Faltóles, constantemente, el medio de apreciar el conjunto, y por esto, en pintura y escultura, no pasaron de los principios; mas como la arquitectura no exige la reproducción perceptible de ciertos sentimientos, pudieron realizar obras extremadas, aunque en todos sus edificios se adviertan grandes defectos y carezcan principalmente de la armonía derivada de la belleza clásica.

No hay, por tanto, que buscar en sus mezquitas la severidad del templo griego, perfecto en los detalles y en su totalidad; ni la grandiosidad del romano, que aspiraba á que sus obras fuesen digna representación de su inmenso poderío; ni semejanza alguna con las iglesias del estilo ojival, que, descansando sobre robustísimos pilares, elevan el espíritu del cristiano, que al pasar

sus umbrales siente la traspiración de una vida arcana: templos que son símbolos de la Fe y centros de la piedad, donde, con el resplandor que penetra por los vidriados ventanales, parece que el espacio se puebla de luminosas figuras con flotantes paños, y al través de aquellos rayos, verdaderamente místicos, llega al alma del creyente, algo que semeja un efecto de luz divina.

Nada de esto se encuentra, seguramente, en las mezquitas árabes, tan lejos de la regularidad y la majestad de la fábrica, como del sentimiento religioso que debiera surgir en su recinto; pero en cambio, la graciosa forma, la riqueza de la ornamentación, la maestría de sus obreros y cierta atmósfera misteriosa y poética que en ellas se advierte, las hacían acomodadas á los gustos de un pueblo eminentemente delicado, si bien sensual con exageración.

Por estas razones, cuando ellos conseguían tocar los límites de lo grandioso, como alcanzaron al construir el alminar de su mezquita sevillana, en la que, acertadamente, se combina la elegancia del ornato, que aligera, con la majestad de proporciones, que engrandece, hubieron de estimar en todo lo que valía tan grande obra; y no es de extrañar que, como antes dije, no se resignasen, fácilmente, á que intacta pasara á poder de sus vencedores.

VI

¿Qué era la Giralda?

No intentaré exponeros su historia, ni describir su traza. Fuera necesario, para ello, dedicarla una monografía completa y practicar un estudio tan detenido como superior á mis conocimientos.

Inútil sería mi empeño de tratar de averiguar si se construyó en el año 580 de la Hegira, en el 590 ó en el 593, según afirman desde los antiguos escritores, como Al-kartas, hasta los modernos, Conde, Tubino, Gestoso y otros, conviniendo todos en que lo fué al finalizar el siglo XII. También considero ocioso examinar si su planta es cuadrada y mide 13,60 metros de lado; si la

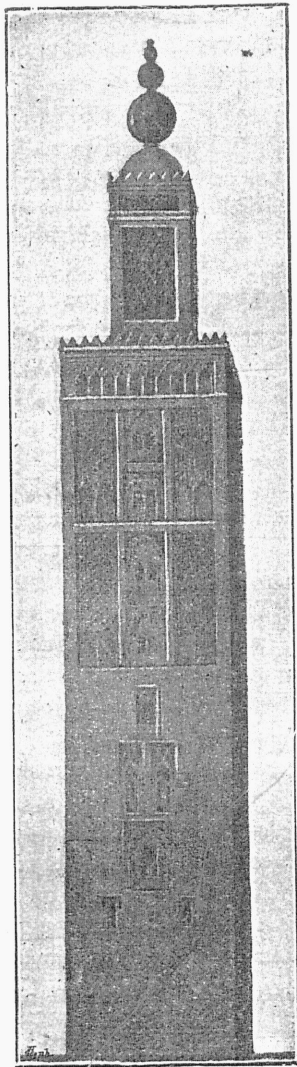
torre se halla dividida verticalmente por cuatro fajas y decorada, en los espacios que dejan, por paños de ladrillo formando atauriques ajaracados; si en los primeros vanos tiene ajimeces, á los que siguen arcos semicirculares, después ventanas gemelas, y en la parte superior adornos angrelados; ¿á qué extenderme para completar su descripción, si nunca habría de hallarse en relación con la sublimidad del monumento, y, además, todos la conocéis y la apreciáis, perfectamente, en su conjunto y en sus preciosos detalles?

Para presentar, por consiguiente, á vuestra ilustradísima atención, algo que tenga siquiera cierta novedad, ya que, forzosamente, lo que yo pueda decir ha de carecer de otros méritos, voy á haceros ver cómo fué el alminar árabe, y las sucesivas transformaciones que ha experimentado hasta llegar á la forma con que hoy eleva al espacio sus gallardas líneas.

Como punto de partida tenemos la exactísima descripción de la crónica del sabio rey D. Alfonso, que dice de este modo:

«Pues de la torre mayor que es ya de Santa María, muchas son las sus nobresas, e la su beldad e la su alteza, ca há sesenta brasas en el techo de la su anchura e cuatro tanto en lo alto. Otrosí tan alta, e tan llana, e de tan gran maestría es fecha la su escalera, que qualesquier que allí quieren subir con bestias, suben hasta encima della. Otrosí en somo adelante há la otra torre á la cima que há ocho brasas, fecha de gran maestría, é á la cima della son cuatro mançanas redondas, una encima de otra, de tan grande obra e tan grandes que non se podría aver otras tales... La cuarta mançana... es de tan grand labor e de tan grande e estraña obra, que es dura cosa de creer, toda obra-da de canales, e ellas son doce, e en anchura de cada canal cinco palmos comunales, e quando la metieron por la villa, non pudo caber en la puerta e ovieron de quitar las puertas e ensanchar la entrada, e quando el sol da en ella resplandece con rayos luccientes.»

Sujetándose fielmente á esta minuciosa reseña, ha hecho el Sr. D. Joaquín Guichot, ilustradísimo Cronista de esta ciudad, un dibujo de la primitiva torre, sin que la reproducción pueda ser tachada más que de alguna inexactitud en los detalles; y aun esta advertencia cabe exponerla hoy, porque, según ha descu-



bierto la restauración practicada en el año de 1887, en vez de arrancar las tablas de ataurique ajaracado que decoran el segundo cuerpo, de una arquería con cuatro fustes, hubieron de descansar sobre un arco: punto insignificante que en nada altera la armonía y proporciones de la majestuosa construcción árabe.

Y si no fuera suficiente este dibujo para formar idea acabada de la antigua fábrica, si acaso algún espíritu escrupuloso hallase deficiente la descripción de Alfonso X, bastaría para convencer de su exactitud, el compararla con el alminar de la Kutubia, que aún permanece en pie en Marrakesh, y al cual podrían, perfectamente, aplicarse las palabras de la Crónica.

Así continuó la torre hasta el año de 1355, en que, á consecuencia de un terremoto, rota la espiga de hierro que sostenía las cuatro bolas, fabricadas, en forma de frutos, por el siciliano Abu Leis, vinieron á tierra, con horrible estrépito, quedando privado el alminar de su característico remate.

De este modo permaneció durante largos años, á pesar de haber merecido siempre la cariñosa atención de monarcas y magnates, que continuadamente trataron de conservarla en buen estado, distinguiéndose, entre los reyes castellanos, el insigne D. Pedro I, que tantas pruebas dió de su acendrado amor á Sevilla, y el cual

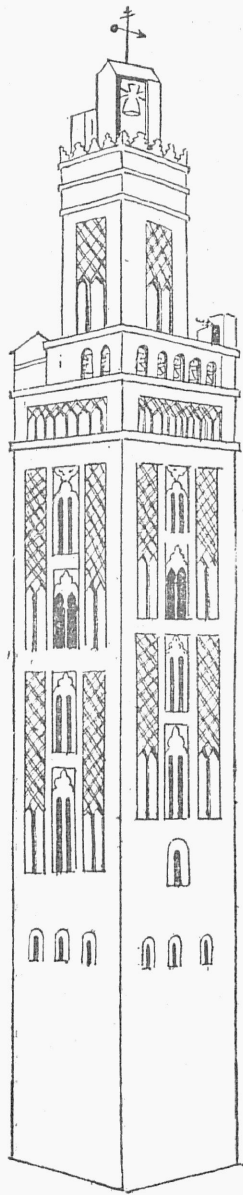
consignó en su testamento la siguiente cláusula:

«E mando para reparar la torre de Santa María de Sevilla, tres mil doblas doro castellanas.»

Ya en el año de 1400, se colocó el reloj y un pequeño campanario, defendido por un tejadillo de lo más pobre y rudimentario, albergue de la campana construida por Alfonso Rodríguez y costeadada por el afamado arzobispo D. Gonzalo de Mena.

Reproducciones diversas de la Giralda, hechas en los siglos XV y XVI, se encuentran en una curiosa tabla atribuida á Alejo Fernández, pintor no tan conocido y apreciado como su mérito demanda; en una escultura del retablo mayor y en alguna vidriera de la Catedral, hasta que en el siglo XVI, vemos ya en el célebre cuadro de Sturmió, colocado en el retablo de los Evangelistas, que se había destruido el antepecho de almenas dentelladas, sustituyéndole un muro con vanos semicirculares, en cada uno de los cuales se hallaba una campana.

En este estado llega el año de 1568, en el que el ilustre arquitecto Hernán Ruiz, sobre el primer cuerpo de la torre, que mide 69,65 metros, empleando todos los órdenes clásicos, añade otros cuatro cuerpos, los decora, exteriormente, con fajas de brillantes azulejos y los termina con el cupulino que sirve de base al globo en que descansa la maravillosa estatua de la Fe, obra notable del escultor Bartolomé Morel, labrada



con un arte tan perfecto, que es muy de lamentar no puedan apreciarse, debidamente, los finos detalles de ejecución que avalloran la esbelta figura.

Consiguióse, con semejante reforma, realizar la difícil tarea de acomodar el minarete árabe á las exigencias del templo cristiano, dejándole apropiado á las necesidades del culto con la colocación de las campanas, en la forma que hoy despierta general asombro (1).

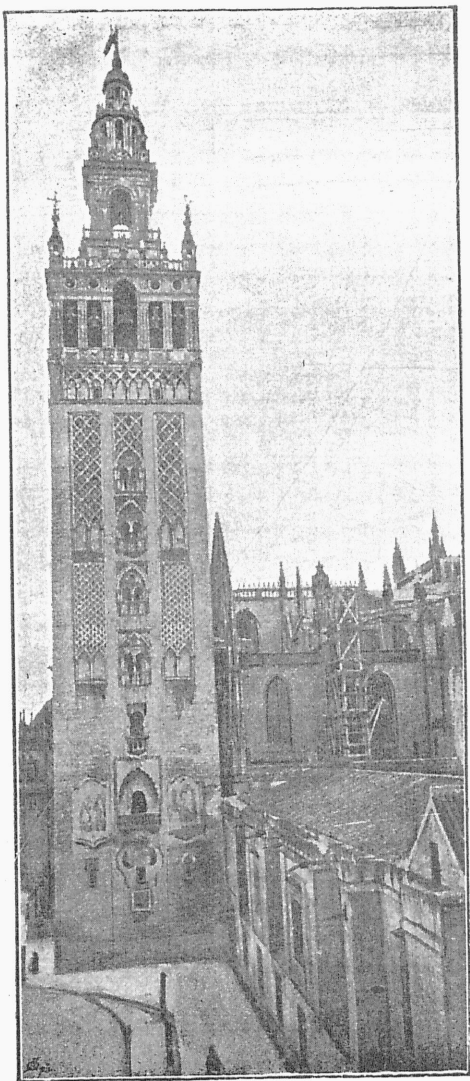
VII

Surgió, señores, de esta restauración de la Giralda, un motivo de controversia que viene ocasionando larga y empeñada discusión, sostenida de una parte por buen número de personas eminentes en la arqueología, y defendiendo opiniones contrarias muchos artistas insignes, y en general los amantes de Sevilla y de sus gloriosas tradiciones.

Sostienen los primeros, que los monumentos clásicos deben conservarse en toda su pureza; que cuando los estragos del tiempo exigen la reparación de sus desperfectos, es necesario realizarla sin alterar, en lo más mínimo, su distintivo carácter, y, sobre todo, que nunca es lícito reformar obras maestras de la antigüedad, con aditamentos, de todo punto, extraños á las mismas.

Creen los segundos, y entre ellos me incluyo sin esfuerzo, que estas reglas son muy razonadas y atendibles por punto general, pero que hay ocasiones en que conviene prescindir de ellas, y ninguna tan justificada como la presente.

(1) Estas ilustraciones, tomadas de cuadros y esculturas de una autenticidad indiscutible, ó del natural, son las mismas que acompañan á un interesante artículo del erudito Sr. D. José Gestoso, publicado en Barcelona. Aprovechando el trabajo el Sr. D. Ramón Sicilia, y utilizados los magníficos aparatos de su rico gabinete, presentó en el Ateneo, acompañando á esta conferencia, una serie de hermosas proyecciones, que, acreditaron su esmero y pericia y fueron recibidas con grandes aplausos por aquel público competentísimo, que supo apreciar el mérito de su obra.



En efecto, señores, ¿qué tendríamos si se hubiese conservado el alminar íntegro como le encontró el santo rey D. Fernando el día de su gloriosa entrada en Sevilla?

Una torre muy parecida á la de la Kutubia de Marraquesh, que acabo de citar, análoga á la de Hassam, cerca de Rabat, á la de Mansuriyah, junto á Tremecen, á la de Córdoba, descrita por Edrisi y Morales y destruída en 1593, y á la de Agadir, en la que aún se ven, lo mismo que en la Giralda, mármoles romanos utilizados como materiales de construcción.

En unas ú otras existen iguales elementos y ornatos exclusivos de los almohades, capiteles de todas procedencias, fajas de labrado ladrillo y esas columnas de jaspe, tan propias de las construcciones árabes, recordadas por el inmortal Fr. Luis de León cuando decía:

«Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro en jaspe sustentado.»

Y no son, por cierto, de extrañar analogías semejantes, puesto que Ebn-Said confirmaba en el siglo XIII, que los amires almohades Jusef y Jacob el Manzur, llevaron de Andalucía á los arquitectos que dirigieron las construcciones mandadas levantar por aquéllos en Marruecos, Rabat, Fez y Mansuriyah,... consiguiendo, además, que «todos los arquitectos de Túnez eran naturales de Andalucía como los alarifes, carpinteros, alfareros, pintores y jardineros, siendo también andaluces los que trazaban los edificios ó los copiaban ateniéndose á los monumentos de su país.»

Se levantaría, pues, en lugar de la Giralda, un minarete árabe muy parecido á los que dejo indicados.

Pero hay más todavía, que debe tenerse en cuenta.

El alminar dominando sobre la pesada construcción de la mezquita, formada por un grupo de edificaciones de escasa altura, podría parecer esbelto y airoso; pero al lado de la inmensa mole de la Catedral cristiana, hubiera resultado pequeño, de proporción exigua, anulado, por decirlo así, mientras que hoy nadie, seguramente, encontrará en la torre semejante sustancial defecto.

Algún escritor distinguidísimo, censura también á Hernán Ruiz porque ya que aceptó la penosa tarea de levantar el cuerpo de las campanas, empleó, para ello, un estilo pesado y de mal gusto.

Hubo, señores, ciertamente, en España dos Renacimientos.

El florido, inspirado en las delicadezas de Pavía, que vino á dar origen al estilo llamado *plateresco*, porque nuestros maestros acertaron, siempre, á imprimir en todas las obras de arte un sello particular que las distingue, hasta el punto de darlas carácter propio y definido, y el renacimiento severo, inspirado en la tradición clásica y acomodado al carácter de Felipe II y al genio del correcto Herrera.

Éste fué el adoptado por Hernán Ruiz; y ¿quién puede dudar de que la Giralda termina mejor con su robusto y severo cuerpo de campanas, que con las filigranas del gótico florido de las agujas de la Catedral de Burgos ó con los primores de ejecución del estilo plateresco, labores ambas más propias de otro género de construcciones que no de ésta, en la que lo grandioso debía superar á lo meramente atildado?

Ahora bien, si se tienen en cuenta estas brevísimas consideraciones, si por otra parte se advierte que, de no aplicarse el alminar á las necesidades del culto católico, hubiera sido destruído y arrasado hasta sus cimientos, como lo fué el de Córdoba, ¿no es preferible lo ocurrido?

Á no construirse el templo del Renacimiento en el centro de la mezquita de Córdoba, pereciera, seguramente, toda ella á los golpes de la demoledora piqueta, tan en uso en un tiempo en que se calificaba de bárbaro cuanto no era cristiano, como después fué reputado de la misma manera el estilo ojival, cuando llegaron épocas de amaneramiento y decadencia del arte.

Dícese, empero, como razón suprema, que la Giralda, de este modo completada, ofrece un conjunto irregular, mezcla confusa de estilos diferentes que no guardan la relación siempre indispensable, si ha de resultar la armonía exigida por toda obra artística.

Y á esto se me ocurre contestar: pues qué, tantos poetas brillantes que la dedican sus versos y enaltecen su belleza, tanto pintor que la coloca en el fondo de sus lienzos, tanta gente, en fin, que diariamente la contempla y entusiasmada pondera su gallardía, muchedumbre compuesta de ilustrados viajeros, concienzudos escritores y artistas eximios de todas las escuelas y de todos los pueblos, ¿es posible que tengan mal gusto? ¿Es posible que no sepan discernir lo bello de lo incorrecto y grosero? ¿es po-

sible que en los unos excite el entusiasmo, en los otros la admiración, y en todos el asombro, una obra incorrecta, vulgar y tosca?

Nó, en verdad, señores; y ¿sabéis por qué? porque la Giralda en su conjunto es bella sobre toda ponderación, y nadie puede resistir el influjo de esa belleza que se siente, á penas se fijan en ella los ojos, y se apodera y domina al menos inteligente.

Y esta indiscutible valía se reconoce é impone, porque la obra realiza el verdadero concepto del Arte en su avasalladora sublimidad.

Espíritus superficiales suelen considerar el Arte como una imitación ó reproducción servil, ó más bien distracción ó capricho impuesto por las leyes tiránicas de la moda; mas si se investigan su objeto y sus tendencias, si se estudian sus elevados principios, se comprende que lo que debe haber, principalmente, en toda obra artística, es el alma que la da vida, la idea que la inspira, la imaginación que la eleva y el entendimiento que la desarrolla.

Fijándose en esto y observando ciertas relaciones universales que nacen de la unidad y su fundamento en la Filosofía, se ve de un modo cierto que la Giralda cumple todas estas necesarias condiciones.

Ved los cuadros de nuestros famosos pintores y cuántas veces se alza en su pintoresco fondo el esbelto perfil de la torre famosa; de qué modo utilizan su representación las industrias astísticas; y no podréis menos de reconocer que ella ha venido á ser el emblema de Sevilla y su airoso contorno ha de figurar, constantemente, cuando con vuestra hermosa y tradicional ciudad se relaciona cualquiera obra de arte.

No sucedería de este modo, si se conservase el primitivo alminar árabe, idéntico al que ostentan todavía pueblos marroquíes, que sólo representan una civilización atrasada, mientras que la esbelta torre cristiana, coronada por el gallardo Giraldilho que lanza al espacio su bandera, en la que parece leerse el glorioso nombre de Sevilla, simboliza la lucha de dos civilizaciones poderosas, las glorias inmarcesibles de España, el predominio de la religión verdadera, y la restauración de la patria!

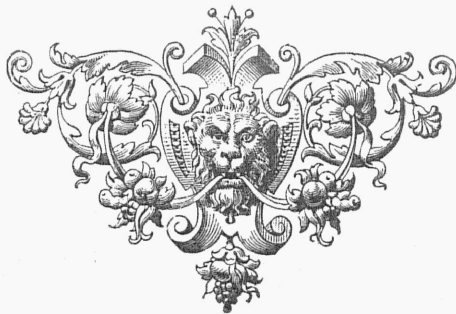
Al contemplarla, acude á la mente un mundo de recuerdos,

— 25 —

pues su imagen renueva multitud de memorias generosas, nobles, santas. ¡Ideas que elevan el espíritu, realzan al hombre y le dan fuerzas para luchar y vencer en la cruenta batalla de la vida!

¡Decidme si todo eso no vale más que la corrección de las líneas de un monumento antiguo!

HE DICHO.



*Impreso á expensas
del Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes.
Mayo de 1896.*

